

Discurso Sr. E. Frei - Congreso  
Unión de Centro Democrático - Madrid - Sesión  
Inaugural - 19 - 10 - 48

653

EDUARDO FREI MONTALVA

Será fácil para Uds. comprender el significado que adquiere para mí el poder hablar en España, ante un Congreso que representa a uno de los grandes sectores de la opinión política de su país, el cual tiene la grave responsabilidad de conducir sus destinos en una hora crucial.

No puedo tener la pretensión de traer una palabra nueva; pero sí algo más que un saludo de cortesía y de cordial amistad.

Creo interpretar a muchos hombres de nuestra América al decir que lo que ocurre en España desborda los límites de esta nación y trasciende hacia otras, en especial a las latino o iberoamericanas, como quiera que sea. Para nuestras Repúblicas y para mucha de su gente lo que sucede aquí será un testimonio tal vez decisivo.

Hay quienes en América y también en Europa dudan respecto a la suerte de la democracia en nuestros países. Piensan que la libertad, el libre diálogo, el respeto al derecho, son precarios en nuestras tierras; que sus regímenes no son capaces de realizar una conducción política y económica estable y eficaz y, sobre todo, para lograr mantener el orden y la autoridad frente a las fuerzas centrífugas de los intereses creados, de las luchas sociales y en especial de la acción concreta de la violencia sistemáticamente desatada.

La realidad nos muestra que existen no sólo grupos extremos interesados en el fracaso del régimen democrático. También se extiende, en forma subrepticia, en diversas capas sociales, la actitud de los que no quieren correr los riesgos de la libertad. Víctimas de una gran pereza o cobardía moral, prefieren que otros piensen y resuelvan por ellos, siempre que les garanticen una vida tranquila y segura.

Frente a estos peligros, abiertos o encubiertos, el caso de

España resulta clave por las circunstancias históricas con que la democracia retorna, y porque para nosotros, los hombres de Latinoamérica, España no es una nación más. Nadie podrá jamás borrar sus pasos en nuestro continente, pues ellos están grabados en las leyes, en las costumbres, en los templos y en las artes. Su trascendental huella creadora y civilizadora, cualquiera que sean los puntos de vista para juzgar la historia, está viva en la tierra, en la piedra y en el alma de los hombres.

Por todo aquello es que venimos hoy a pedir a España tenga éxito en su tarea. No nos corresponde a nosotros mirar hacia el pasado reciente. Lo que nos interesa es el hoy y el mañana.

Aunque parezca extraño decirlo, es necesario convencer a la gente que la democracia es el único camino progresivo para la especie humana. Si el hombre no puede usar su libertad para hablar, para escuchar, para leer, para ver y para juzgar; si el hombre no tiene derecho a designar a quienes han de dirigirlo; si no es él, en último término, el que debe ejercer la soberanía y dar la definitiva respuesta a las cuestiones fundamentales que afectan su destino, deja de ser un hombre para convertirse en siervo o esclavo. Lo paradójico es que el antiguo esclavo sabía que lo era; mientras hoy, en este mundo, en el que la mentira engendra la confusión, tratan de convencerlo que es más libre en la medida en que quienes, disponiendo del poder total, dicen saber mejor qué le conviene, no sólo a él sino también a su familia, a sus hijos, a su sindicato, a su comunidad, sin dejarle otra opción que pertenecer al partido único que representa a los que mandan. El que no se conforma es disidente y traidor.

Por eso es que aquéllos que creen en la democracia no pueden resignarse tan sólo con enunciados generales que, al no ser operantes, re-

sultan fallidos. Por el contrario, deben demostrar que una sociedad libre y plural es garantía de dignidad de la condición humana, y constituye la vía más adecuada, como se ha demostrado, para alcanzar un verdadero desarrollo económico y social.

Me atrevería a agregar que en muchos países el comunismo, más que como una fórmula económica, se presenta como el régimen capaz de asegurar el orden y terminar con la anarquía.

Las democracias han olvidado que no hay sociedad libre si no existe una autoridad vigorosa. No el "autoritarismo" de los déspotas, sino aquélla que, teniendo su origen en el pueblo que la designa y sometida a la ley, cuenta con el respaldo moral para ser ejercida sin complejos ni vacilaciones, y que no es inerme ante sus enemigos declarados o ante los que quieren utilizarla para destruirla.

El diálogo, el respeto mutuo y la tolerancia no pueden ser el pretexto destinado a paralizar la acción de un gobierno. Las instituciones deben garantizar los derechos de las minorías, pero las mayorías no pueden vivir sometidas y temerosas ante sus críticas.

Las democracias deben tener el coraje para enfrentar la verdad, por dura que sea, y no ocultar o simular la realidad de los problemas que afrontan, porque en último término los pueblos saben comprender sus problemas, y no es el halago el camino para conquistar su adhesión y su respeto. Ya fue dicho: "Sólo la verdad nos hará libres."

Pieza fundamental del sistema son los partidos políticos. Para que éstos puedan desempeñar su misión, deben tener claros fundamentos filosóficos y doctrinarios.

En este mundo de hoy concurren ideas universales que traspasan

las fronteras. Ellas involucran concepciones del hombre y su destino e interpretaciones de la historia, que informan y proyectan los modelos de la sociedad, del Estado y la economía.

Los partidos sin doctrina caen en pragmatismos sin horizontes que rápidamente los agotan. Por esto es que deben apartarse por igual de los ideologismos vacíos y de los oportunismos inmediatistas, que en último término sólo se nutren de los apetitos del Poder por el Poder.

Un partido democrático debe ser un partido abierto, donde se escuchen las opiniones y los problemas se debatan; pero una vez adoptada una resolución, pasa ésta a ser obligatoria para todos, de tal manera que una disciplina severa indique al pueblo que hay allí un instrumento de gobierno y no un centro destinado a discusiones interminables o un muestrario de apetitos y ambiciones personales o de grupos.

Un partido debe entender cuáles son sus tareas y cuáles las del gobierno, pero en definitiva ambas deben concordar. Es frecuente que los militantes tengan una perspectiva diferente que la de los hombres que llegan a gobernar. En unos hay la tendencia al exclusivismo y en los otros la obligación, por la naturaleza de sus cargos, de abordar problemas que van más allá de los límites partidistas, y cuya solución y administración exigen el auxilio de conocimientos técnicos suficientes para que los complejos programas que requiere una sociedad moderna puedan cumplirse.

Condición insoslayable para que la democracia plural sea posible es la vigencia de un consenso sobre ciertos valores fundamentales en los que concurra una mayoría tan amplia que prácticamente cubra a la sociedad entera.

Las distintas fuerzas y partidos deben reconocerlos y estar dispuestos a sacrificar cualquier interés particular por su defensa y crear

así un marco de acuerdo básico, sin el cual la democracia se tornará frágil y sobresaltada.

En nuestra América hemos sufrido la dolorosa experiencia de lo que significa que algunos hayan situado al partido antes que el bien de la comunidad, y otros hayan mirado con desprecio lo que llaman la democracia formal, y en vez de afirmarse en ella para corregirla y perfeccionarla, han preferido destruirla, para llorar después lo que perdieron.

Desde lejos, con las experiencias vividas, hemos seguido el acontecer de España con apasionado interés, y hemos visto cómo han sido superados los augurios de quienes anunciaban toda suerte de trastornos para su pueblo. Más aún, hemos comprobado que las ideas políticas no habían muerto, que el amor a la libertad estaba muy vivo; y, sobre todo, lo que más impresión nos ha causado, es que los dirigentes de las más diversas corrientes han dado una lección de cordura y moderación, sacrificando muchas veces exclusivismos partidistas para afirmar la democracia y la convivencia del pueblo español.

Esta lección y este ejemplo tienen para nosotros una influencia e importancia que quizás Uds. no pueden evaluar. Quisiéramos, por tanto, señor Presidente Suárez, expresar a S.M. el Rey y a Ud., que simbolizan este espíritu, que al afirmar así la democracia en España, están Uds. proyectando un rayo de luz sobre el continente latinoamericano y haciendo una contribución invaluable, que alimenta nuestra esperanza de mejores días.

Mas quisiéramos agregar a lo expresado que una democracia precisa no sólo vivir de razones sino también alimentarse con virtudes.

Cuántas veces las pasiones desatadas han arrasado con la prudencia capaz de ponderar la distancia entre lo que se desea y lo que se puede.

En casos como éstos, se ha querido presentar a los prudentes como cobardes, olvidando que siempre la prudencia va, en esas circunstan-

cias, acompañada de la justicia, y que la justicia exige fortaleza.

Qué claro se ve esto en nuestra América.

Las democracias en nuestros países no pueden existir si no hay justicia e igualdad en las oportunidades y participación, para que grandes mayorías no subsistan marginadas en sus propias Patrias.

La mayor imprudencia es amparar o tolerar la injusticia. Se requiere una gran dosis de coraje para afrontar los cambios indispensables que exigen nuestros pueblos, sin destruir la libertad y sin caer en la violencia y el odio.

No puede haber una tarea más apasionante que trabajar para estas ideas.

A estas alturas, perdonadme si os expreso algo personal. Después de más de 40 años de lucha sin descanso, hoy estoy más convencido aún que cuando comenzara, que la democracia es el único camino a través del cual el hombre puede construir una vida más digna y honrosa, cualesquiera que sean los errores y las caídas que en su gestión pudiesen cometerse. Tengo también la convicción de que sólo un auténtico humanismo, no excluyente, para mí nacido en lo profundo del mensaje cristiano que le da su verdadera e inmovible raíz, representa lo que aspiran las grandes mayorías de nuestros pueblos.

Hay quienes confunden esta posición, que llaman de centro, con una especie de permanente compromiso o de difusa ambigüedad. No lo creo así. Pienso que hay un gran centro humano que es el verdadero cuerpo de cada sociedad, el sólido tronco en que ésta se afirma.

Los partidos que sostienen esta posición no pueden ser representativos sólo de una clase. Por su esencia y por su visión siempre renovadora deben interpretar a toda la nación; pero muy en especial a la juventud y a los trabajadores, sin los cuales su tarea carecería de porvenir. En nuestras tierras, por sobre todo, a las grandes masas desamparadas y marginales.

No somos un intermedio entre los extremos. El humanismo que

profesamos tiene su propia concepción del hombre, de su origen y de su destino final, que es distinto a cualquier tipo de concepción materialista, sea del dinero, de la clase o del Estado totalizante, cuyos trágicos efectos hace 50 años no se percibían, pero que hoy ya se conocen.

Sin embargo, quienes tienen tal patrimonio en sus manos, y causa estupor comprobarlo, a veces aparecen divididos, vacilantes, mediocres, en una hora que exige grandeza.

Los pueblos esperan de ellos apasionado amor por la justicia, fuerza moral, generosidad y el heroísmo de aquellas minorías proféticas que son como el fermento y la sal que alimenta por dentro los grandes movimientos históricos. Hombres que no pretenden sustituir al pueblo y apoderarse de su dirección, manipularlo y sojuzgarlo, sino grupos humanos que más allá de todo interés busquen realmente servirlo.

No podemos descansar ociosos sobre ese patrimonio. Sostener estos ideales exige una extrema tensión intelectual que genere un constante enriquecimiento teórico, así como una búsqueda sin desmayo de nuevas formas prácticas que interpreten eternas verdades en el progresivo devenir de la sociedad humana.

En América latina, y en ésta y en otras tierras, los hombres que así piensan deben ser los primeros en el sacrificio y en la entrega a su causa. No proceder así sería traicionar el mensaje que profesan y frustrar a sus pueblos que están a la espera de su palabra y su acción.

He visto con profunda alegría que en mi Patria y en otras naciones, esos hombres existen y se multiplican, en especial en la juventud. Yo confío que nos tenderemos las manos a través de las distancias, no para constituir nuevas internacionales sino que, más que eso, para crear una fraternidad espiritual y una comunidad de ideas, y que al unir nuestras manos levantadas hacia lo alto, como dijera un poeta vuestro, "seamos capaces de derribar la noche."